

Editorial

DOI: <https://doi.org/10.32870/dse.v0i33.1759>

Anayanci Fregoso Centeno*

La universidad desbordada. Educación y pedagogías de la protesta

*Importa qué historias contamos,
para contar otras historias.*
Donna Haraway

Los estudios de la educación se han constituido interdisciplinariamente en un esfuerzo por explicar la complejidad que habita los espacios educativos. El análisis y la comprensión de aquellos lugares, sujetos, circunstancias y prácticas educativas, que exceden el propio espacio escolar, precisan andamiajes teóricos amplios e interconectados, porque, además, la propia identidad estudiantil o docente está hecha de numerosas aristas.

Por ello consideramos, para este número, que la realidad reclama acuciosamente ser pensada a la luz de los movimientos sociales que se tejen con la vida educativa. Como muestra de ello, de manera particular, concebimos los acontecimientos más recientes en campus universitarios de todo el mundo, pero especialmente en nuestra región. Nos referimos a lo ocurrido en Estados Unidos en relación con las protestas en favor de Palestina y en rechazo al apoyo del gobierno estadounidense a Israel. Hemos atestiguado desde finales de 2023, tras el agravamiento del conflicto entre Israel y Gaza –que ha derivado en genocidio–, una ola de movilizaciones estudiantiles que ha trastocado las universidades del país vecino del norte mexicano. Si bien comenzó como manifestaciones aisladas en solidaridad al pueblo palestino, en la primavera de 2024 se fue transformando en un movimiento político impulsado por estudiantes que exigía una toma de postura de parte de las instituciones educativas frente a la guerra y las violaciones a los derechos humanos en Gaza. Organizaron marchas e instalaron campamentos que fueron respondidos con suspensiones a estudiantes y docentes, desalojos y arrestos. Estas protestas no son un fenómeno aislado, por el contrario, las universidades dejaron al descubierto, una vez más, su carácter político y las tensiones que las constituyen.

Lo que es posible leer como un proceso educativo en sí mismo, una forma de pedagogía que viene del propio estudiantado e interpela los modos en que las universidades producen,

* Doctora en Historia y Antropología Culturales. Directora de la revista *Diálogos sobre Educación. Temas actuales en investigación educativa*. Profesora-investigadora, Departamento de Estudios en Educación, Universidad de Guadalajara, México. anayanci.fregoso@academicos.udg.mx

reproducen, dan valor y distribuyen el saber. Las movilizaciones, en este caso en favor de Palestina, pero en el pasado –como sucedió en el '68, contra la guerra de Vietnam y, particularmente en México, el autoritarismo, el abuso policial y a favor de la autonomía universitaria, se convierten en anteojos para observar la educación como una práctica política, a las universidades como espacios disputados, y a estudiantes y docentes como sujetos históricos, con agencia, que participan en el moldeamiento de lo común.

Es así que en esta reflexión que apunta a reconocer los alcances de la educación, en este caso de las universidades, como posibilidad de configuración de lo público, lo político y la dignidad, vinculamos las protestas con la noción de concienciación que propuso el educador brasileño Paulo Freire (2022, 2022a), para quien la educación significaba un proceso de liberación que permite a los oprimidos interpretar críticamente la realidad con los ojos puestos en su transformación. En este marco, la educación está lejos de ser una práctica de domesticación, así como la universidad no es un ente ajeno a los conflictos sociales. En todo caso, se trata de un camino para la formación ética, política y humana.

Es así que las y los estudiantes que se movilizan políticamente están ejerciendo una lectura crítica del mundo que conlleva señalamientos contra las estructuras de poder colonial, la violencia de género y las desigualdades sociales, por mencionar algunas, y el financiamiento universitario, la censura y el autoritarismo al interior de las propias instancias educativas. En este sentido, hay acciones políticas que exceden este prisma y se constituyen como prácticas pedagógicas. Aprenden en la praxis, enseñan desafiando y constituyen nuevas formas de expresión de disenso.

En su propuesta sobre la pedagogía pública, el crítico cultural estadounidense Henry Giroux (2003) plantea que los movimientos sociales pueden actuar como formas de educación no formal, que contienden por el sentido común dominante y dan espacio a nuevos horizontes de lo posible. En el caso de las protestas estudiantiles, esta pedagogía se expresa en los campamentos, las asambleas, las marchas, las clases autogestionadas, los talleres fuera del aula y las intervenciones performativas que reconocen otras narrativas del conflicto.

De esta forma, los movimientos sociales, en su vínculo con la educación, dan cuenta de horizontes epistemológicos y disciplinares diversos. Desde la sociología, las acciones que mencionamos líneas arriba ponen en juego el papel de las juventudes como actor político. Lejos de la idea normativa –y violenta– del estudiante como un sujeto pasivo, receptor de conocimiento, las protestas estudiantiles de los distintos momentos históricos permiten dimensionar al estudiante, este sujeto de la educación, como productor de sentido y agente de lo colectivo, preocupado porque ocurran cambios.

Estudiantes y docentes ocupan los espacios universitarios con música y mantas, con su propio cuerpo, reconfigurando la institución educativa. Siguiendo a Chantal Mouffe (2013), afirmamos que la universidad no es un espacio neutral, por el contrario, es un territorio de diver-

sidades y antagonismos donde se disputa lo político, el presente y las posibilidades de futuro. Como ocurrió –y sucede– en algunos países del Cono Sur y en México, las universidades son también espacios para la memoria, para la disputa del relato histórico y la defensa por la inclusión y el cumplimiento de los derechos humanos. En suma, las acciones políticas producidas en los campus universitarios por actores educativos conforman un fenómeno que articula acción política, pedagogía crítica y disputa epistémica.

Consideramos, finalmente, que los movimientos sociales no pueden ser pensados en clave nacional, pues exigen lecturas transfronterizas, sensibles a las luchas locales y abiertas a vínculos globales donde la educación se transparenta como un proceso flexible, multisituado, que desborda la universidad o la constituye de otras formas a las conocidas hegemónica e históricamente. Por ello agradecemos a la doctora Itzel López Nájera haber traído a la mesa este debate siempre pertinente que, además, consideramos todavía poco visibilizado en el campo de los estudios de la educación. Su esfuerzo y rigor académico nos permiten afirmar que presentamos un número que será de sumo interés y dará lugar a diálogos enriquecedores.

Referencias

- Freire, P. (2022). *La educación como práctica de la libertad*. México: Siglo XXI editores.
- Freire, P. (2022). *Pedagogía del oprimido*. México: Siglo XXI editores.
- Giroux, H. (2003). *The Abandoned Generation: Democracy Beyond the Culture of Fear*. EE.UU.: Palgrave MacMillan.
- Mouffe, Ch. (2013). *Agonística. Pensar el mundo políticamente*. México: Fondo de Cultura Económica.